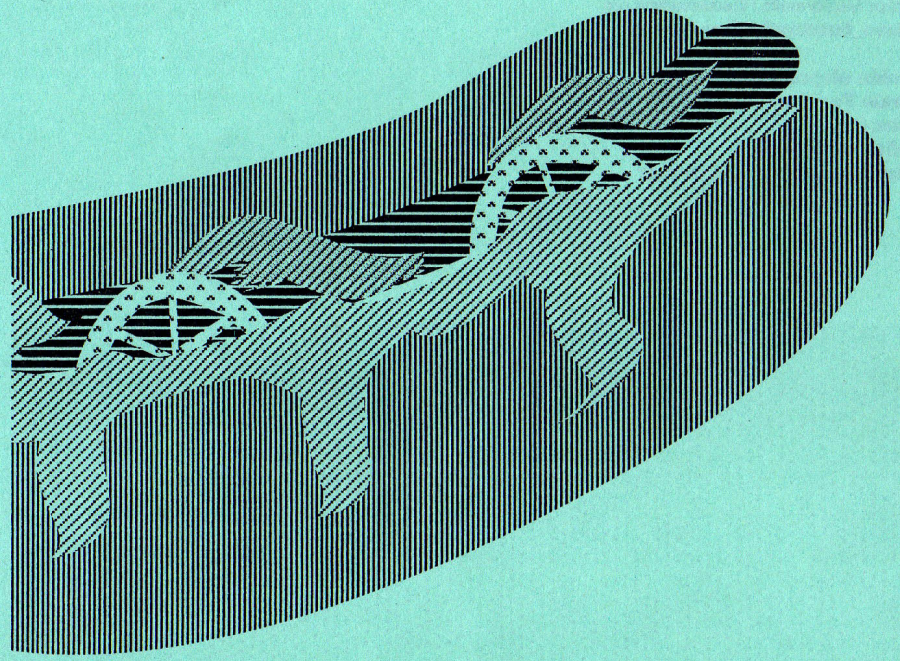
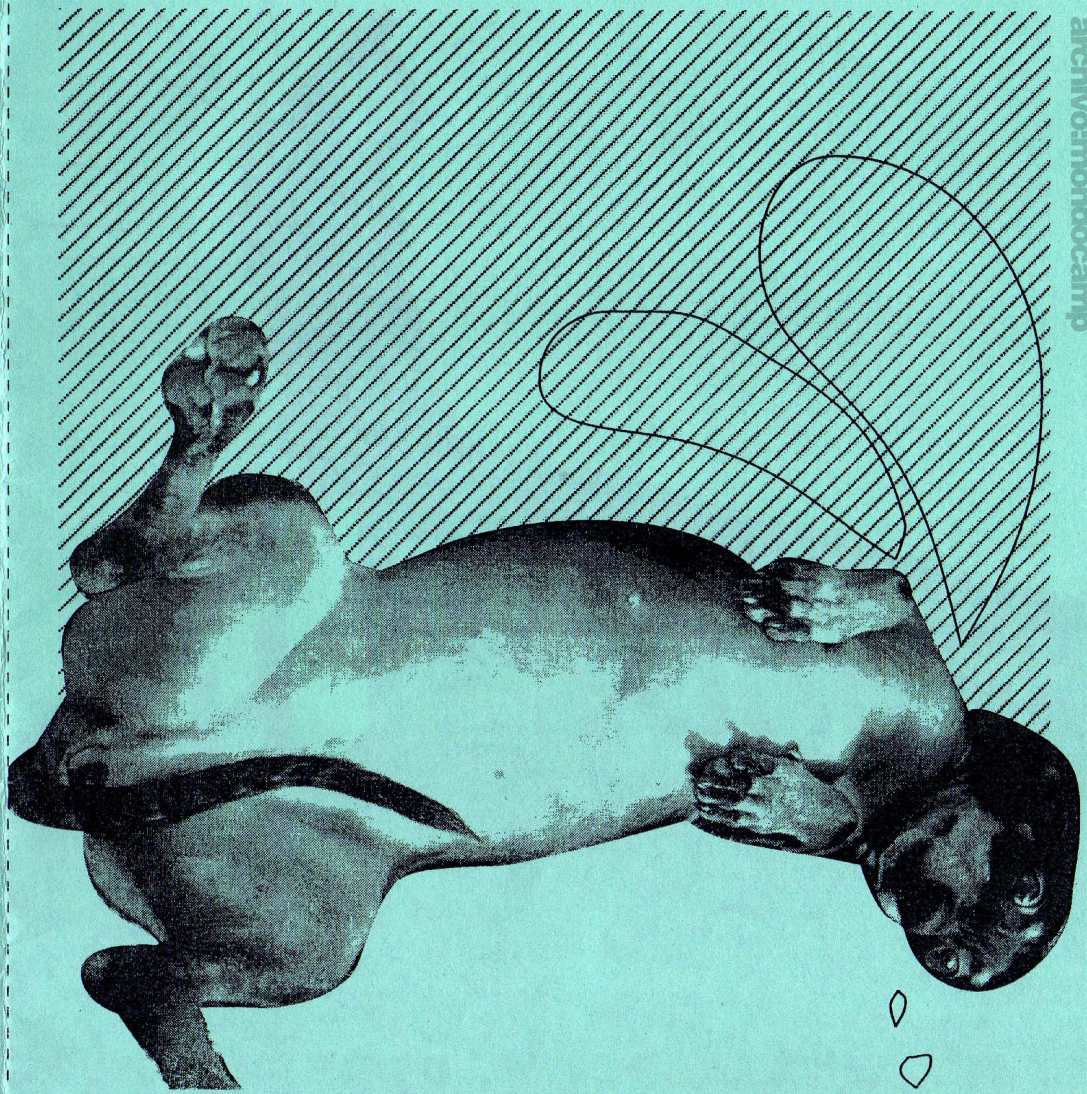


2006

PRIMERO,
GONZALO.
AHORA...

GUSTAVO FANZINE

Anécdotas sexuales bochornosas contadas por sus protagonistas.



archivo:mondocamp

Primero, Gonzalo.
Ahora...
Gustavo
Fanzine.
Anécdotas sexuales bochornosas contadas por sus protagonistas.

Entrevistados: Ana, Ana, Cecilia, Claudio, Fernanda, Geraldine, Guillermo, Ignacio, Julián, Julián, Lorena, Lucio, Natalia, Nicolás, Pablo, Pablo, Patricio, Sabrina, Sheila, Silvana, Victoria, Violeta.
Textos: Melik
Diseño: Max-o-matic / thecurrentlyoff.org
gustavo_fanzine@yahoo.com.ar

También disponible...
Gonzalo Fanzine
Textos: Melik
Diseño: Leandro Salvati
gonzalofanzine@yahoo.com.ar

1.

Una vez, para nuestro juego anual del amigo invisible, un compañero de trabajo (señor amable, culto y caballeroso de pelo blanco) me regaló un retrato mío. Y, además, unas mamushkas de todos los tamaños. Desde entonces, siempre estuvieron ahí, adornando mi monoambiente sobre un mueble blanco que estaba muy cerca del sofá-cama. Al tiempo, empecé a frecuentar a un chico al que le encantaban todos los juguetes y jueguitos que había en mi casa (incluida yo). Llegaba y nos toqueteaba a todos. Una noche, después de coger varias veces, mientras seguíamos, sentí su pitín demasiado duro. Inflexible. Raro. ¡Era que me estaba metiendo una mamushka mediana! De a poco, fuimos intercambiando los tamaños de las muñequitas. Siempre con la ayuda de este pibe, llegué a intimar con algunas que jamás hubiera imaginado que fuera posible (pero si un bebé sale por ahí...). Después, las mamushkas empezaron a ser grandes cómplices: guardábamos adentro preservativos, drogas, y otras cosas que no se pueden mostrar a las visitas. No sé bien cuándo las muñequitas comenzaron a parecerme algo sexy. Hasta les veía la mirada cachonda. Eran como unas mosquitas muertas. Cuando venía mi madre y agarraba una, me causaba terror: "¡Mamá, dejala ahí, mejor! Y pensaba: "Please, que no se le ocurra abrirla". Encima, a los pocos niños que entraban, se les daba por chuparlas. Eso sí que me impresionaba.

2.

Tenía que ir a la facultad, en el centro, y entrar a las 9. Entonces, me tomé el tren a las 7, hora en que va hasta las bolas: todos apretados mal, uno al lado del otro. Y bueno, yo me encontraba ahí y, de repente, comencé a sentir que alguien me tocaba los pantalones. En ese momento, yo estaba en un estado de necesidad tal que no hice nada, me quedé quieto. ¡Ni siquiera sabía de dónde venía la mano! Era como mágica. Después noté que se me desabrochaba un botón del jean y otro, y otro, y otro. Y quedé finalmente con la pija afuera. El chabón no paraba de tocarme todo. Bah, supongo que era un chabón. La cosa es que el tren era un rápido: no subía ni bajaba nadie más hasta, creo, Liniers. Yo veía que el tipo estaba tucu-tucu-tucu, toqueteando. ¡Y nos estábamos acercando a destino! Ahí pensé: "En Liniers el tren se vacía y ... ¿qué hago?". De a poco fui sacándole la mano. Y guardé todo a tiempo. Lo logré.

3.

Yo venía tratando de evitar una reunión de trabajo con el director de una revista, que luego se ganaría el apodo de "El imbatible". Pude zafar de encontrarme un viernes a la noche y quedé en hacerlo, finalmente, un sábado por la mañana. Ni bien llegué a la editorial, el señor dijo: "Permítame Lady". Acto seguido, tomó mi mano y la besó. Habló mucho, de manera efusiva. Parecía un payaso, de a ratos un mimo. Después, intentó arrimarse mostrándome un libro, bien de cerca. También tomó una cámara y comenzó a sacarme fotos. Yo me remití a gritar "¡no, no, no!", con la misma actitud que pediría "no me tires una bombucha" cuando hace frío. Pero él insistía: "Dale, no te voy a hacer nada". Entonces lo apabullé con: "Soy fóbica a las fotos" y "Tengo problemas muy serios con el contacto físico". Con tal de no ser cargoseada... Pero lo cierto es que no soy una conflictiva: soy viejofóbica. Y cuando supuse que la reunión estaba ya casi terminada, el tipo se levantó y puso un cassette en el minicomponente. De pronto, escuché la voz temblorosa de la melodía de fondo: "The whisper in the morning ...". ¡Era "The power of Love", por Celine Dion! El viejo me agarró el brazo y me suplicó que fuera a bailar. Yo contestaba con un "no, no, no, nooooooo", cada vez más fuerte, moviendo las manitos de un lado a otro, en pose de defensa personal. Como todo se estaba convirtiendo en un viva la pepa, decidí irme. El señor me acompañó a la puerta e intentó meterme un pico, cosa que esquivé. Me lo saqué de encima como pude y me fui por la calle limpiándome restos de baba en el cachete con el puño de mi saco.

4.

Estaba con mi novio, re caliente, cogiendo. Él tiene una pija muy linda, por cierto. Y como además es larga, esa vez le pedí que tuviera cuidado. Porque llega muy hasta al fondo y yo para "la garganta profunda" hago lo posible pero tengo mis límites. Y bueno... Ese día habíamos comido ravioles. Yo empecé a chuparlo como una puta viciosa y le rogué que no me acabara en la boca. A mí no me gusta eso siempre. Haciendo caso omiso a mi deseo, el pelotudo eyaculó. Y mi cuerpo -yo no, mi cuerpo- no aceptó el lácteo. Y no sólo lo rechazó sino que tomó revancha: salió con todos los ravioles que había comido. Lo único que hizo él fue gritar. Yo me tomé un vaso de agua.

5.

Estaba en ese estado de desdén de ex novia en el que, si el tipo que conocés está muy bien pero es locutor de la FM 100, lo aceptás lo mismo, prometiéndote que va a ser sólo por esa vez. Entre otras cosas, me contó: "Me cuido la voz tomando té de anacahuita", "El pop casi que soy yo" y "La última propaganda que hice decía: por un mundo Personal". Ni bien entró a mi casa, se sacó la campera y empezó a arrimarse y a arrimarse. Me tenía en frente, pero me preguntaba: "¿Dónde estás?". Como por acto reflejo, dejé la luz prendida del pasillo. Yo remaba arriba y vivía la incómoda situación de ver que además de que el locutor era excesivamente peludo, había cruzado los brazos por detrás de la nuca. La luz daba de lleno en la mitad de su cara; por esa mitad vi que entrecerraba el ojo derecho y, como la más artificial de las muecas sexuales, se mordía el labio inferior con un golpe seco de las paletas. A partir de ahí, tuve una larga superposición de imágenes (un saquito de té entre dos dientes, una remera naranja con dos rayas negras, un Personal volando semiabierto), hasta que di con una en pantalla plana en la que el locutor guiñaba un ojo, se mordía el labio, y su propia voz en off anunciaba: "¡Viví la 100!". Lo dejé todo así.

6.

Un día decidí deshacerme de las revistas porno que guardaba desde mi adolescencia y las tiré al tacho de basura de mi habitación. Cuando regresé a mi casa por la tarde vi que mi madre estaba pintando las paredes y contemplé con horror que entre los papeles que estaban dispuestos sobre el piso para evitar que se manchara estaban mis queridas revistas. Disimuladamente las retiré y las volví a tirar al tacho, asegurándome de cerrar con doble nudo la bolsa. Nunca hablé del tema con ella así que no estoy 100% seguro de que se haya percatado de la presencia de material pornográfico a la vista de toda mi familia. Lo más gracioso es que era para evitar manchones blancos en el piso...

7.

Durante un largo tiempo, estuve curtiendo con dos muchachos: uno, compañero de trabajo; otro, mi vecino. Un día estaba cogiendo a full con el primero, en una de esas citas sexuales donde vale todo al punto de perder el asco por los fluidos corporales ajenos. La cosa es que decidí decorarme la cara a lo Kuitca, con tan mala leche que me entró un guascazo en el ojo. ¡Un ardor terrible! Además, debido a la consistencia plasticolosa del semen, de pronto me di cuenta de que se me había pegado el párpado. Luego de un rato de refriegue con agua, pude dejarme los ojos más decentes, pero inevitablemente colorados e hinchados. En eso, golpeó la puerta mi vecino, para decirme que me esperaba esa noche a cenar. Ya había quedado... Cuando mi otro chico se fue, empecé a pensar cómo podía hacer para zafar de la situación. Entonces, tuve una brillante idea. Llamé a una amiga y le pedí que me acompañara a la casa de mi vecino. Cuando él abrió su puerta, aproveché

mis ojos hinchados y le conté que estaba muy deprimida, que necesita estar con mi amiga y que si no le molestaba cenáramos otro día. Fue muy comprensivo y nunca me preguntó la razón de mi bajón. Aunque no pudo disimular la cara de culo por un par de días.

8.

Hacía calor. Estaba mojado y empecé a pajearme en el living. Me amasaba como loco cuando vi a mi hermana acercarse. Rápido, escondí el paquete. ¡Cómo me latía el corazón! Bah, no sólo el corazón... ¡Me cortó justo antes del mejor momento! Tenía miedo de que se hubiera dado cuenta de lo que andaba haciendo y por eso se me ocurrió decirle: "Me estaba revisando y me parece que tengo el pito sucio". Ella se me quedó mirando medio raro. Yo puse cara de preocupado, como si tener el pito sucio fuese un problema cardiológico. Lo peor de todo fue que, después de unos días, tuve que soportar una charla de padre preguntando si me llevaba la pielcita para atrás cuando me bañaba y aconsejándome limpiar el quesito que se acumula, ahí, en el pito.

9.

Esto pasó hace dos años, cuando volví de Brasil. Estaba haciendo tiempo cerca del Centro Cultural San Martín, sentada no sé dónde, y se me acercó un negrote: era enorme, como un patovica, pero muy lindo de cara. Se sentó y estuvo haciéndome el entre en portuñol aproximadamente media hora: "Eh, ven, beleza, vamos pra la pensión. Vocé cree que eu quero coger, pero nao, eu sólo quero falar". Era como la caricatura del brasilero levantero y yo de la argentina levantada. Se llamaba algo así como Jocelyn o Jazimel (nunca pude entenderlo). Al final fuimos para la pensión, que estaba muy cerca, sobre la calle Paraná. Se había cortado la luz de toda la cuadra y todos los vecinos estaban en la vereda muy alborotados. Subimos por la escalera en penumbras hasta su cuarto y cogimos ahí con toda la luz de la calle que entraba. Después lo llamó al celular una amante, de la que a la vez creo que era personal trainer. Le dijo "nao, Romi, pero eu te quero, bonita" y no sé qué. Nunca me lo volví a cruzar y nunca más probé algo con un tipo tan grandote como él. ¡En Brasil no había estado con ningún morenazo y me vine a topar con uno en Corrientes y Callao!

10.

Cuando era adolescente, tenía tanta suerte que hasta logré tirarme una profesora. En la escuela se organizó una feria de tecnología regional y llegaron chicas de la provincia entera. Todos perseguíamos alguna y así, seduciendo niñas, me fui encontrando con una profesora joven, tutora de un grupo de Mar del Plata. No era linda, claro, y era muy muy flaca. No sé por qué pero ella me fue buscando a mí. Y no me encontraba... Yo no sabía cómo responder. Lo intentó hasta que se dio por vencida y me encaró. El último día después de la fiesta de cierre me llevó en su auto (juro que era un Falcon) a un lugar oscuro. Yo nunca lo había hecho en un auto y no lo pude hacer. Hacía frío y ella tenía demasiada ropa. Era incomodo y no pude. Ella no se enojó, quedó caliente y esperó un día más en la ciudad. Entonces, al otro día la llevé a una casa que utilizábamos con mis amigos cuando lográbamos arrancar alguna chica. Ella no era linda, pero tenía 29, y yo 17. Y era profesora. ¿Qué más? Siempre recuerdo que cuando la terminé de desnudar no lo podía creer: ella no tenía culo, claro, pero tampoco tetas. Lo juro. Era muy raro. Se intuía, pero... ¿por qué nada podía ser completo? ¿Por qué no podía tener al menos un par de tetas decentes, algo para chupar? Seguramente era una deformación de época... A esa edad se chupa más de lo que se la mete. Ahora bien, después de ponerme el forro (como yo se lo había pedido) me dijo "ahora vos me vas dar un gusto a mí" y me acostó en una camilla que siempre había ahí y después se subió (a la camilla y a mí) y durante más de una hora me demostró lo completo que tenía que ser todo para ser todo. Yo sólo contemplaba su boca abierta y sus pezones rosas y acompañaba como podía su gesta.

11.

Una vez, siendo una niña de 13 años, viajaba en el colectivo, de vuelta del colegio, con una amiga, y un tipo de unos 30 años, con pinta de "tengo problemas" se paró al costado del asiento donde estaba sentada con el propósito de hacerse una paja con mi hombro. Yo traté de reclinarme tanto como podía contra mi amiga (que estaba del lado de la ventana) pero su pija era lo suficientemente insistente como para llegar hasta mí donde fuera. Por eso, dije en voz alta "podría pegarte un codazo que te dejaría estéril", como para darle a entender que no era de mi agrado su actividad. El joven entendió mi propósito, ante un codazo tímido pero amenazante, y se retiró. Yo llegué a mi casa y puse a lavar el buzo color maíz que llevaba, como si con eso pudiera sacarme de encima algo así como un semen imaginario.

12.

Recién separada, después de estar varios años casada, tuve mi primer encuentro sexual con un chico. Estaba muy asustada, nerviosa, culposa, etc. Salimos a cenar y, en ese momento, no imaginaba que terminaría durmiendo con él. De hecho, ni siquiera estaba depilada; pero eso no fue lo más grave... Fuimos a su casa y empezamos a besarnos en su cuarto. Cuando parecía que estaba llegando el momento de hacerlo, me aparté y de un salto fui al baño, que estaba casi dentro del cuarto, el famoso "baño en suite". Me quité el Carefree que tenía puesto, busqué alrededor mío y no encontré ningún recipiente para residuos. Obviamente no me animé a tirarlo por el inodoro, entonces lo coloqué dentro de mi zapatilla. Salí del baño descalza, con las zapas en la mano, y me dirigí hacia la cama. Comenzamos a quitarnos la ropa (con mucha torpeza de mi parte) y en un momento en que estábamos abrazados miré hacia la puerta del cuarto y descubrí a su gata con mi Carefree en la boca. No sabía qué hacer para que él no viera esa escena tan bizarra e hice hasta lo imposible para que no se diera vuelta. ¡Me puse súper tensa y no podía relajarme! De pronto, él se puso de espaldas y me las arreglé para sacar el apósito de la boca de la gatita, tironeando bastante. Logré meterlo nuevamente en la zapatilla, con una media encima. ¡Pero igual quedaron restos de Carefree por toda la alfombra! De todas maneras sólo yo lo sufrí. Él estuvo siempre sin cuidado (Care free).

13.

Yo vivía aún con mis padres y tenía relación con un chico, onda amantes. El portero de día, me había dado la llave de una terraza a la que nadie iba. Entonces, una vez se me ocurrió ir a coger ahí. Pero el portero de noche era mala onda... Sospechaba algo... Para evitar que nos descubriera, subimos en ascensor hasta dos pisos antes y el resto por la escalera. Nos besamos hasta ponernos cachondos. Nos dio para algo más pero en la terraza nos podían ver de otros edificios. Y como no aguantamos nos fuimos a masturbar y esas cosas a un cuarto de arriba en la terraza. Más de una vez casi nos morimos de un infarto porque era el cuarto de los motores de los ascensores y cuando alguien los llamaba salía un ruido como de locomotora que nos dejaba sordos y nos desconcentraba. Yo no quería dejar rastros del hecho y no sé por qué agarré una bolsita de Tower Records de mi bolso. Dije: "Bueno ahora acabo adentro yo y después te toca a vos". Y así, muy obediente, el muchacho hizo lo que le pedí. Y como ya era hora de que se fuera, bajamos por las escaleras hasta mi depto, llamamos de ahí al ascensor y salimos con la bolsita de Tower Records en la mano ante la mirada rara del portero nocturno. Tiré el asunto a la basura y nos fuimos corriendo antes de que se diera cuenta. El olor era muy fuerte...

14.

Los telos son lugares raros... Hace unos años, salía con un chico con quien teníamos la comodidad que en su casa "estaba todo bien". Yo había frecuentado telos, con otros chicos con los que estuve, pero con él nunca. Así que un día, para variar, decidimos visitar uno. Después de una corta pelea (debo aclarar que mi ex era medio celoso y el hecho de que yo supiera direcciones de telos no le gustó para nada), decidimos entrar a uno cercano a los Lagos de Palermo. Cuando nos bajamos del auto, nos encontramos con una extraña sorpresa: un mimo estaba parado ahí, esperándonos, con una rosa en la mano y dos copas de champagne. Después de una breve performance, nos acompañó a la caja a pedir nuestra habitación. Tanto a mí como a mi novio, esa extraña promoción nos dejo con la boca abierta. Una vez que terminamos nuestros asuntos, y que los ánimos ya estaban más distendidos, él me dijo: "Bue' podríamos ir al Jacuzzi y pedirle al mimo que nos traiga otra copita de champagne, ¿no?".

15.

Hacía tiempo que le tenía ganas al director de la Maestría. Y se me dio una tarde, con la excusa de hablar sobre mi tesis. Me citó en su oficina y cuando llegué me dijo: "Por favor, salgamos a tomar algo que me explota la cabeza". Cruzamos a un bar y me di cuenta que la propuesta tenía que ver sólo con que estaba abombado de trabajo y necesitaba cambiar de lugar. Pidió una Coca (yo un agua sin gas), la tomó, se fue a una reunión y me pidió que lo pasara a buscar en 30 minutos para seguir la charla. Me hizo el tío con la cuenta y terminé invitándolo sin haberlo invitado. A la media hora volví a su oficina. Mirada va, sonrisa viene, levanté mi índice derecho y lo puse en su mano, como señalando un pelo encarnado, al tiempo que le susurré: "Una última cosa". Me miró serio, con ojos de toro bravo, todavía con mi dedo en su mano. Sin dejar de tratarme de usted, me dijo: "Acá hay una energía extraña. ¿Qué le parece?". Yo respondí: "Si, está todo bien, si le parece...". Y no esperó para proponer: "¿Rajamos?". "¡Claro!", contesté yo. Quedamos en encontrarnos en la esquina a los 5 minutos. Taxi derecho al telo más cercano. Rajamos, sí, y rajamos sobre todo la tierra. Su comentario más reiterativo fue: "Usted es un infierno".

16.

Esto fue a mis 19 años, más o menos. Tenía una amiga íntima bastante más grande que yo, era redactora de una revista importante, me la encontraba en fiestas y, como le caía muy bien y le gustaba, siempre terminábamos en su casa. Después de un tiempo sin cruzármela por ningún lado, un día la volví a ver en una fiesta y me llevó a conocer su casa nueva. Resulta que ahí ella puso una cama de agua muy divertida, aparte de una cama de dos plazas. Llegamos y, mientras mi amiga se ponía cómoda y preparaba un trago para beber, yo me descalcé y empecé a saltar en la cama de agua dando vueltas para atrás en el aire. Me salía bastante bien... Pero cuando ella entró por la puerta le dije: "¡Mirá lo que aprendí en la guerra! Acto seguido, salté dando una vuelta en el aire para atrás, pero esta vez le erré a la cama y en lugar de caer en el colchón reboté con las rodillas directamente en el piso, quedando tirado agonizando de dolor, porque creí, mínimo, que me había fisurado. Tuve que ponerme hielo toda la noche y quedarme tranquilito sin hacer mucho esfuerzo porque me dolía mucho. La inflamación tardó dos días en bajarme. Y nunca más volví a ver a mi amiga.

17.

Con mi novio, decidimos incluir a terceros. El primero que invitamos fue un argentino, radicado en Canadá, que estaba de visita: judío, cuarentón, musculoso, petiso, peludo. En resumen: chongo pero amanerado. En el chat se había presentado como Leo. Lo citamos en casa, aunque ni lo conocíamos. Teníamos muchas dudas: ¿La foto se correspondería con la realidad? Era todo muy arriesgado... Pero bueno, vino. Tocó el timbre. Preguntamos quién era y nos contestó: "Gino". "¿Pero cómo, será él?", nos preguntamos. Le abrimos igual. "Vos no te llamabas Leo?, quisimos saber. Enseguida se puso todo colorado. De todas maneras, era él, el de la foto. Todo bien. Nos pusimos a charlar, le servimos una Ser Citrus. Se sentó en una camita que tenemos, al lado de la pared. No sabíamos cómo empezar la cuestión. La cosa es que nos tiramos los dos juntos encima. Y el pelado se golpeó la cabeza con la pared. "¡Ay, bebé!", gritó. Entonces, le colocamos dos almohadones detrás de la nuca. Luego, pasamos a la alcoba. Franela y masturbación. Tenía la pija seca y áspera, como llena de escamas. Acabó mucho pero mucho pero mucho. Después, se fue a bañar y, mientras tanto, aproveché para sacar fotos del trofeo, aunque a mi novio no le gustó nada que lo hiciera. Como nosotros nos teníamos que ir a un recital de María Fernanda Aldana, lo despedimos. Piquito los tres en la puerta. Él se fue a Santa Fe y Pueyrredón a encontrarse a cenar con sus amigos. Re cliché.

18.

Fui con un amigo y una chica que acababa de conocer a Niceto, a ver un recital. Me chamullé al de la puerta y entramos por mucha menos plata. Entramos, furia total, lleno de gente. Bueno, yo estaba borrachísima mal y bailaba toda sudada. De pronto, con esta chica nos miramos, giramos las cabeza y nos agarramos. Empezamos a transar a full. Pero le dije: "Todo bien pero yo no puedo sostener la noche así. Esperame que voy al baño". Ella me contestó: "Yo te sigo a donde vayas". Entonces, tambaleando me dirigí al lugar, cada tanto mirando hacia atrás, y pateé la puerta para entrar, dejándola abierta. Me sentía una vampiresa total. La pendeja entró. Contra los azulejos a full. ¡Ah! Desbordadas. Nos golpeaban la puerta: "Chicas, salgan por favor, que nos estamos meando". Y a nosotras no nos importaba nada. Mano va, mano viene. Pero cuando empecé a accionar profundamente, ella me miró tímidamente y me confesó: "Me siento re estúpida. No te rías. Yo pienso que no tengo agujero". Yo, que no entendía nada, de pronto imaginé las piernas abiertas de una muñeca. Bajé la tapa del inodoro, me senté y afirmé: "¡Bueno, vos no tendrás agujero pero yo sí! Hacé lo que quieras". Y ella, virgen, tuvo un lugar re activo en la relación.

19.

Navidad. Fui a la casa de un chico en Vicente López, con unos amigos, en auto. Después de brindar, quedamos todos muy borrachos. El dueño de la casa, que me gustaba mucho, me invitó a su habitación para mostrarme un libro. Intenté acercarme todo el tiempo como para tener una aproximación física pero no resultó. Vinieron más personas y propusieron ir a una fiesta. Me separé del grupo con el que estaba y me fui en el auto sola con él. Caímos en la fiesta, gigante, en la Costanera. Mucha gente, ya estaba amaneciendo. Decidimos no entrar. Le dije: "Vayamos a otro lugar". Y agarramos el auto y nos fuimos para el lado de la General Paz. El chabón no paraba de hablar, sobre todo de series. Mucho blah-blah pero lo que quería yo era acercarme. Entonces, traté de cambiar el eje de la conversación hacia algo sexual: "¿Quién te gusta? ¿Qué te gusta?". Y el pibe nada: silencio. Algo palpitaba en el ambiente. Me animé a preguntar: "¿Adónde vamos?". Y él me dijo: "Me quiero ir a dormir". Por supuesto, me quedé dura. Siete de la mañana, Panamericana. "Bueno, te alcanzo", me ofreció. Y llegamos a la esquina de mi casa. Por último, probé darle un beso pero el chabón me puso la mejilla. Nos despedimos. Nunca pasó nada. ¡Y nunca en la vida me había pasado eso! Pibe que elegía, pibe que me lo curtía. Con éste, borracha y drogada como estaba, no pude. Al año, me enteré que el chico se había declarado gay.

20.

Otra vez, invitamos a Gino. Lo teníamos en el MSN y vivíamos tirándonos flores acerca de la otra vez: "¡Qué bien la pasamos! ¿No?". Entonces, quedamos en volver a vernos. Cayó un domingo, un día antes de irse de viaje. Vino con un montón de bolsitas de compras, regalos para llevarse. Al llegar, las dejó todas en la cama. Era muy tarde. Pero bueno, pasó de todo y después de desparramar, se quedó dormido. La cosa es que empezó a roncar, muy fuerte, y no nos dejaba dormir. Y no daba decirle algo. Encima, empezó a empujar a mi novio tanto que terminamos solamente nosotros dos en la cama. Después de un largo rato, yo me calenté de nuevo y empecé a incentivar. Mi novio me decía "pará, que lo vamos a despertar". El chico se dio cuenta y me preguntó: "Tenés ganas de más, bebé?". Pero se quedó dormido nuevamente. En eso vi que mi novio se había vestido para ir a trabajar. ¡Y Gino seguía durmiendo! Entonces, mi novio se fue, sin antes hacer una seña de "ojo". Finalmente, el invitado se levantó y quiso saber: "¿Nunca hacés nada sin él?". "La verdad, prefiero que no", le fui sincero. Lo acompañé a tomarse el bondi. Y ahí nos dimos cuenta de que se había olvidado todas las bolsitas en casa.

21.

Tenia ocho años de edad cuando mis viejos, hartos de mi conducta, no sabían a dónde mandarme. Para entonces, a pesar de mi corta edad, ya había sido expulsado de dibujo, básquet y guitarra. Por lo tanto, decidieron enviarme a percusión con la hipótesis de que supuestamente así descargaría mi energía de niño hiperkinético a los palazos. Y así fue. Durante las clases, el profesor se iba a conversar con sus colegas sobre tango, cerraba la puerta y me dejaba a solas para tocar con mi compañero, que mucho no conocía, tenía un lustro mayor que yo y tenía cara de llamarse Víctor. Con vergüenza y timidez de por medio, nos miramos sin decir palabra. En un momento, él paró de tocar obligándome casi telepáticamente a hacer lo mismo. Conocí su voz cuando me preguntó si quería "jugar al teto". Desconcertado, consulté de qué se trataba y respondió culminando el verso. Ingeniosamente, le propuse: "Si vos decís que sí, yo digo que no. Y si vos decís que no, yo digo que si". Por supuesto que eligió la segunda premisa y fue así que, vigilando que el profe no viniera y que las nenas de danza que jugaban en el patio no se asomaran por la ventana de nuestro antrito , bajamos nuestros pantalones y subimos nuestras remeras. Nos besamos las pancitas y las mejillas. Sin decir palabra, nos tocamos los pitos. El de él era más grande y se paraba más que el mío. Como el otro era más alto, desarrollado y mayor, resulté ser yo el elegido para agacharme y chupársela. La situación resultaba ser un poco morbo ya que embocaba su verga en mi boquita jadeando fuerte, cada tanto provocándome unas arcadas que explotaban, además, por el sabor de su palito. Su verga y su insistencia estiraban mis labios casi haciéndolos doler, dejándome sin aire. Yo quería que hiciera lo mismo con mi pito y apoyársela pero intentaba convencerme de que él era mucho más alto y que yo no llegaría a su cola. Así, seguimos varias clases de percusión con palos y palillos, esperando a que el profe se vaya para que el fulanito me obligara a continuar con la rutina kindersexual. Los malos modales me volvían loquito.

22.

Estaba en Amerika con tres amigas. Subí al dark room. Hice un poco de control de calidad por los rincones y seguí dando vueltas en la oscuridad. De pronto, me agarraron del brazo con fuerza. Una travesti gigante se me vino encima apasionadamente. Me devoraba viva. Yo, entusiasmada, seguí adelante con su juego y nos dimos unos besitos inocentes. De la nada salieron tres amigas suyas, una muy bajita y las otras dos enormes, y se prendieron. Una me apoyaba desde atrás, otra me tocaba toda, otra me besaba, y la cuarta... por ahí andaba. Pasado un tiempito, traté de escapar de lo inminente, pero no había modo de que me dejaran ir. Entonces, la luz: vi pasar a un chico de gorra blanca con el que yo había estado un rato antes y que estaba pesadamente provisto. Muy. Les pasé el dato a las travestis y huyeron tras él. Ya libre, recorrí un poco más los rincones. Noté de repente que no tenía más la billetera en el bolsillo interno de mi abrigo. Entré en pánico al pensar en mis documentos, carnets, etc. Eso sí: cero pesos, cero centavos. No había plata. Rastreé un rato el lugar y no aparecía. Hice entonces memoria y supe a quiénes tenía que visitar. Me acerqué a las travestis y le hablé a una, altísima y muy parecida a Jennifer López: "Estoy re mal porque perdí mi billetera. O me la robaron. Pero no tenía plata...". Ella, un relámpago, respondió: "No puede ser, no te preocupes, te ayudo a encontrarla". Y mientras esas palabras atravesaban el cerco de sus dientes, se agachó y comenzó a tantear el suelo en cuatro patas. Al minuto, tenía la billetera en sus manos. Me la dio, y como yo no tenía nada de plata para invitarle al menos un trago, le di un besito y una tarjeta de mi trabajo así pasaba a saludarme. "¿Cómo te llamás?", quise saber. "Sharon", se despidió. Nunca sabré si me la devolvió por caridad y pena, porque no tenía plata adentro, por la recompensa que quizás esperaba recibir o por el dato clave del chongo poderoso que yo le había pasado más temprano.

23.

Estaba con un chico en un Jacuzzi. En el medio de una velada romántica, besito va, besito viene, se me ocurrió hacer la plancha. En ese momento, tanteé una forma anatómica y rígida que me llamó poderosamente la atención. Decidí dejar de nadar y mirar lo que tenía en mis manos. Así, descubrí que el Jacuzzi contaba con un poderoso termómetro digno de utilizar. Me emocioné tanto que terminé ubicándolo en el lugar que correspondía. O sea: la colita de mi chico. Pero entre entrada y salida... ¡Perdí el tapón de corcho! Yo me hice la gran boluda o colgada y seguí con otro tema. Calculo que nunca se enteró.

24.

Un día, estaba en mi taller con un chico que me estaba haciendo una paja. En un momento, él se paró, interrumpiendo la cosa, y comenzó a deambular. Después de un rato, vi que estaba agachado frente a una puerta entornada que daba a otro taller. Le grité: "¡Vení, vení!". Y no respondía... Empecé a impacientarme cada vez más. "Dale, vení, ¿qué hacés?", seguí preguntando. Y nada. Yo tenía una sospecha pero... ¡De pronto me acerqué y vi que la gata le estaba chupando los dedos! Qué hijo de puta... No le dejé que me vuelva a tocar un pelo.

25.

Tengo una historia con un jugador de fútbol, que viene una vez por mes y siempre coincide con el amigo. ¡Pareciera que huele cada vez que me indispongo! La última vez que cayó, tocó el timbre, entró y, desde el pasillo hasta la luz del living, dejó caer toda su ropa hasta poner el culo hacia la lámpara en muestras de su estado físico impecable. Después, como yo estaba en estado intocable, puse mis manos sobre él, por acá y allá. Y como canta Charly, pero en dirección contraria, fuimos del living a la cama. Ahí, el football player se desató entre las sábanas, muy entretenido con mi parte superior, previo aviso de "estoy indispuesta de nuevo". Claro que el asunto no le impidió pasar un buen rato. Entonces, le di un recital de boleros y una cadena de favores que le hicieron mandarse una acabada encima mío, suyo, de la colcha. Esa noche se levantó, se fue al baño y después de que le preparara un té digestivo se fue al programa de Tinelli. Al día siguiente, recibí la visita de mi hermano y mi sobrina de 3 años que, de pronto, se atragantó con una flema gigante y empezó a toser. Claro que tanta tos expulsó un socotroco de mocos que obligó a mi hermano llevarla al baño corriendo. Decidí ir tras ellos. Y ahí descubrí algo tremendo. La toalla roja para secarse las manos tenía un acartonado color claro. ¡El futbolista se había limpiado la guasca ahí sin avisar! Y lo peor fue que mi hermano agarró la toalla y secó con ella la boquita de mi sobrina. Por suerte, nadie se dio cuenta de eso, creo. Pero yo no di más del asco. Mi amante nunca más fue bienvenido en casa.